

La pequeña aldea: una noche en el Coliseo Provisional

El proscenio del Coliseo Provisional era lo suficientemente grande como para hacer una función respetable.

Lo que no era respetable era la escenografía: es más, se podría decir que era inexistente, salvo en escasas ocasiones. Por ejemplo, si se requería de un mar se colocaba una inmensa tela celeste bajo cuya superficie gateaban varios tramoyistas para crear el efecto de vaivén de las olas; si se necesitaba una tormenta se iban poniendo de pie por turnos y con esto se simulaban ingenuamente las furias de Poseidón.

Pero si la obra pedía algo que no estaba dentro de los decorados previstos, los actores se las ingeniaban para agregar a sus textos algún bocado que aludiera al sitio indicado.

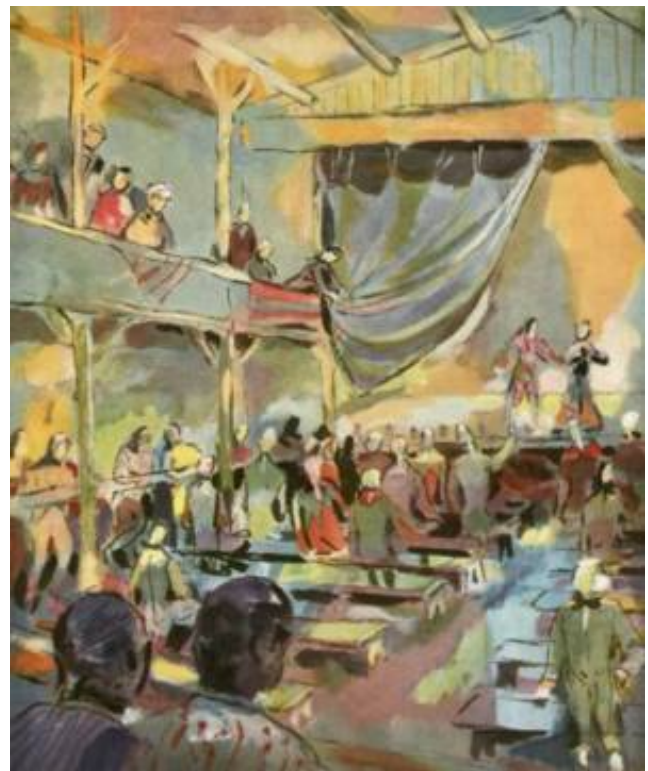
En cuanto a los telones de fondo, eran siempre dos que servían tanto para bosque, campo, selva oscura o huerta, por un lado; o ciudad, poblado, villa o patio trasero; por el otro.

Pero lo más memorable era el sistema que subía y bajaba el telón: desde un andarivel hasta el suelo se lanzaba un esclavo que tenía enroscada una soga a la cintura y por un sistema de pesos equivalentes esta precaria tramoya permitía que el telón subiera o bajara según el lado del cual se dejara caer uno de los dos "arroses".

Sobre el escenario, marcando quizás la orientación estética de este coliseo, había una leyenda que decía "La comedia es el espejo de la vida".

Señalan los que solían asistir a las presentaciones que también había una caja para el apuntador, ubicada en el centro del escenario, pero de una manera tan inadecuada que se lo podía escuchar mejor que a los actores.

Cuentan también que, en una ocasión, un cantante cómico italiano cayó por la abertura, aunque la mayoría del público creyó que el incidente formaba parte de la obra.



La platea se llamaba "patio" y se componía de una fila de bancos de madera con un pequeño almohadón a modo de asiento. Para evitar aglomeraciones, cada almohadón (que recibía el nombre de "luneta") estaba numerado y debía ser reservado con anticipación como si fuera una verdadera butaca.

También había palcos separados entre sí por una cortina de seda azul, cada uno tenía capacidad para ocho personas y se alquilaba por anticipado (unos tres pesos por noche) pero las sillas debían ser provistas por el público.

Como las mujeres no podían ubicarse en la platea, les estaba reservada la cazuela, es decir una suerte de *pullman* o platea alta que también era llamado chistosamente "gallinero". La iluminación era con velas de sebo de potro que daban mucho humo, mal olor y poca luz. También es memorable el hecho de que la grasa solía chorrear sobre la ropa de los espectadores, cuando no sobre las manos o la cabeza.

Las funciones se realizaban con gran lujo los domingos y los jueves, aunque podía haber presentaciones especiales los martes. También era motivo teatral alguna festividad religiosa en la que sólo se permitía música, como en la cuaresma.

Habitualmente se presentaban dramas, acompañados siempre por farsas. En los intervalos algún cantante amenizaba la espera porque, al parecer, el show no se podía interrumpir; algo así como la programación televisiva en la que no se nos permite apartar los ojos de la pantalla.

Bibliografía

La pequeña aldea, vida cotidiana en Buenos Aires 1810 - 1860

Raquel Prestigiacomo y Fabián Uccello, EUDEBA 1999

Lámina: http://servicios.abc.gov.ar/lainstitucion/sistemaeducativo/educacioninicial/destacado25mayo2012/efemerides_inicial_25_de_mayo_visto.pdf